Los concurrentes repitieron entonces los versos de *La Anguila*, y Verdier, sin esperar á más, abrió la puerta de la litografía y entró bruscamente en ella.

—¿Dónde vais?—preguntó Ducasse con viveza.—¿Qué vais á hacer?

—Voy á preguntar quién ha hecho ese retrato y de quién son esos versos...

—¡Comandante—decía Ducasse por lo bajo,—nada de escándalos!...

—¿Escándalos? ¡Pues me gusta!... ¿Soy yo el que insulta ó el que es insultado? ¿Me diréis aún que es al candidato?...

—¡Ciertamente que es al candidato! Todo lo que escriben, lo que hablan, no es al comandante á quien se dirige, sino al candidato—repitió Ducasse.

—¡Bueno! ¡El candidato va á desaparecer; pero antes de presentar su renuncia quiere que sepan quién es Don Quijote!...

Empujó la puerta y entró seguido de Ducasse, que, un poco inquieto, apesar de lo que le alegraba la actitud del comandante, quería ver en qué iba á parar aquello.

Los curiosos se retiraron algo de la puerta, temiendo que pudiera alcanzarles algún bastonazo á la salida de Verdier.

—Tengo el honor de saludaros...—dijo un señor anciano, quitándose su gorro de grana, al ver entrar á Verdier.

—Soy el comandante Verdier y vengo á preguntaros quién os ha autorizado para exponer al público esa asquerosa suciedad que tenéis ahí expuesta.

—¡Suciedad! ¿De qué suciedad habláis?

Verdier, con la prontitud del rayo, arrancó la hoja de muestra y la aproximó á las narices del buen hombre.

—¡Esta!—dijo.—¿Comprendéis ahora lo que quiero decir?

Ducasse presenciaba impávido aquella escena, comprendiendo que el viejo litógrafo no sabía lo que pasaba. Le habían llevado un trabajo, y él lo había hecho sin ocuparse de quién era el retratado ni á quién se referían los versos.

—Si el Sr. Verdier quiere saber algo sobre el particular, debe dirigirse al Sr. Saboureau de Reville, que precisamente se encuentra allí presenciando la tirada—dijo el viejo señalando hacia el taller.

¡Saboureau! Ducasse tuvo una inspiración y miró á su antiguo compañero de la Conferencia Montesquieu, que estaba por la parte de adentro, acompañado de una elegante y linda mujer de blonda cabellera.

Al adelantarse Verdier, el periodista, descubriéndose, saludó cortesmente á los recién llegados.

—¿Sois vos quien ha mandado exponer esta caricatura y estos versos al público?—dijo Verdier acercándole el papel.

Reville contempló al soldado con alguna inquietud.

Después, serenándose un poco, dijo:

—¿Por cuatro líneas y una caricatura?...

Trataba de aparentar la mayor tranquilidad delante de Verdier, que rugió de cólera al oír la contestación. La joven rubia sonreía satisfecha viendo sufrir al comandante.

—¿Veis?—dijo Ducasse á Verdier.—No es á vos á quien se dirigen los tiros. Es al candidato.

Diciendo esto cogía suavemente á Verdier por la mano, como para contenerle, pues le veía dispuesto á lanzarse sobre Reville; pero Verdier le rechazó, y cogiendo á Reville por la corbata:

—Contestadme categóricamente—le dijo:—¿Habéis sido vos ó no el autor de esa burla?

—Comandante, mi amigo Ducasse tiene razón. No se trata de vos, sino del candidato.

—¡No hay candidato que valga! ¡Aquí lo que hay es un hombre de bastante dignidad para obligaros á respetar su vida privada!

Desdobló el arrugado papel y señaló la litografía, preguntando:

—¿Este es un suplemento á vuestro asqueroso periódico?

Reville, aunque con aparente sangre fría, estaba á punto de estallar.

—¿Se ha publicado ya?—añadió Verdier.

—Aún no; pero, como véis, está á punto de publicarse.

—¡Pues bien: os prohibo darlo á luz! ¿Lo entendéis? ¡Os lo prohibo!

La joven rubia cruzó una mirada de inteligencia con el periodista, mirada que fué una especie de aguijón para él, quien, volviéndose á Verdier, le dijo que *La Anguila de Melun* tenía un director y propietario, que era Garousse; que allí no se recibían más órdenes que las suyas, órdenes que, no sólo acataba, sino que aplaudía, y que si el comandante quería impedir viera la luz el suplemento de *La Anguila*, debía dirigirse al Sr. Garousse.

—¡Excusárais hablar tanto si hubiérais dicho desde luego que sois un testaferro de vuestro magnate!—Y añadió:—¿Os paga bien por vuestro honroso oficio?

—¡Sí, muy bien!

—Pero nunca recompensará la paga las bajezas á que os obliga.

Ducasse comprendió que aquello iba á acabar mal, porque á Reville se le iba acabando la paciencia y había mudado de color. Contestó al comandante irónicamente que su intervención era para él una orden, añadiendo:

—He aquí mi respuesta...

Se volvió rápidamente hacia los obreros y les dijo con tono imperioso:

—¡Concluid la tirada en seguida!

Aún no había acabado de pronunciar la última palabra, cuando ya el puño de Verdier caía sobre su mejilla. Reville quiso lanzarse sobre él; pero el comandante, cogiéndole por el cuello, le sacudió

con violencia, arrojándole como quien arroja una pelota á los pies de los obreros.

—¡Ah! ¡Me pagaréis este atropello!... ¡Me daréis una explicación!...—gritó Reville.

—¡Cuando gustéis, donde gustéis y como gustéis!

La joven de que hemos hablado se acercó á Verdier mientras que Saboureau se levantaba, y le dijo en voz muy baja:

—¿Un nuevo escándalo, comandante?... ¡Tanto peor para vos y para vuestra sobrina!

En medio de la cólera de que estaba poseído, el nombre de su sobrina le dejó absorto por algunos momentos. ¿Por qué le hablaba de su sobrina aquella mujer á quien él no conocía?

Reville dió una tarjeta á Verdier, y mientras la sacaba de la cartera, Elena Morgan (que no era otra aquella mujer), adivinando los pensamientos del comandante, se acercó de nuevo á éste, diciéndole:

—¡Soy la Condesa de Montbrun! ¡La esposa del Conde Roberto de Montbrun... á quien la Srta. Verdier conoce mucho... según creo!...

El comandante estaba tan poco acostumbrado al mal que no comprendió el insulto que encerraban estas palabras de Elena hasta que estuvo lejos de ella.

—¡Qué imbécil soy! ¡No comprendí á esa miserable mujer! ¡Ah! ¡Tan buena es ella como ellos!

Quiso entrar de nuevo en la litografía; pero esta vez Ducasse pudo contenerle.

—¡Condesa de Montbrun! ¿Qué me importa? ¿Acaso la conozco yo? ¿Por qué se ocupa así de una joven honrada?

—¡No más candidatura! Ya encontrarán otro á quien poder tratar á puntapiés. ¡Por mi parte, todo ha concluído!...

Se dirigió maquinalmente hacia el Hospital Militar, á ver á los desgraciados heridos por defenderle. Ducasse le acompañaba, tratando de disuadirle, por política, de su propósito de retirar su candidatura, pero admirado, encantado, de aquella cólera y aquella energía, que le dejaban el campo libre.

—No sois bastante flexible — dijo Ducasse al comandante... — Os sulfuráis muy pronto... muy pronto...

—Decid que soy justo. ¡Al menos, así lo creo!

—¡Sí! ¡O simple!—pensó Emilio.

Buscó un pretexto para dejar á Verdier solo, pues le interesaba formar atmósfera con la noticia de la retirada del comandante, y se dirigió en seguida á la litografía, en donde pensaba encontrar aún á Reville y asegurar su neutralidad en la elección al retirarse el comandante.

El periodista reía estrepitosamente al ver concluída la tirada de la caricatura de Verdier.

—¡Ah! ¡Qué pronto se venderá este suplemento! ¡En este número no habrá que dar ejemplares de balde!

Al ver entrar á Ducasse, le dijo:

—Me alegro verte, porque quiero que me sirvas de testigo en mi desafío con el comandante.

—¡Eso es imposible! ¡De todo punto imposible! Te diré la razón. ¿Sabes que retira su candidatura?

—¡El comandante!

—¡Sí! Está cansado de luchar.

—¡Qué lástima!

—Tienes un excelente medio si quieres vengarte de él.

—¿Cuál es?

—El se verá contrariado si Garousse vence; pero se quedaría atónito si uno de sus mismas ideas y que pasa por amigo suyo le reemplazase como candidato.

—¿Y quién es ese candidato?

—¿No lo adivinas?—contestó el joven Pitt.

—¡Tú!—dijo Reville.

—¡Yo! ¿Qué te extraña?

—No, no me extraña nada. Los hay peores á cada paso.

Ducasse, no queriendo perder la ocasión que se le presentaba de atraerse al periodista para en caso de ser elegido candidato, convidó á almorzar á Reville para hablar largamente con él.

Una hora después de estar en el restaurant, los dos camaradas habían dispuesto de la sucesión Charvet como si fueran los dueños absolutos de ella.

Convinieron en atacar á Verdier hasta el último

día, y en caso de que Ducasse fuera elegido candidato, Garousse no podría á última hora perjudicarle más que de soslayo.

—¡Entendido!—dijo Reville.—Daría cualquier cosa por que derrotaras á Garousse. Y si puedes conquistar á la señora Herblay para que te apoye, tu elección no será dudosa. Yo haré en tu favor todo lo que esté á mi alcance y en armonía con los intereses de la señora Condesa de Montbrun, y te aconsejo que no pierdas el tiempo.

Ducasse era demasiado buen diplomático para pedir á Reville ciertas confidencias. Después de todo, ¿qué le importaba á él la Condesa de Montbrun? Se despidió, y fué á dar cuenta á la señora Herblay de lo ocurrido con el comandante. Charvet y Enriqueta, que departían amigablemente, se alarmaron al verle llegar solo, apresurándose ambos á preguntarle cómo no venía con él el candidato.

Ducasse les refirió lo ocurrido, aprovechando de paso la ocasión para pintar con negros colores el peligro que corrían si Garousse ganaba la elección.

—¿Pero es cierto que el comandante retira su candidatura?—preguntó Enriqueta.

—Ciertísimo, señora, y su resolución me parece irrevocable.

—¡En vísperas de la elección! ¡Eso es imposible!

—¡Diablo!—dijo Charvet.—¡Entonces la victoria es de Garousse!

—¡Y si Garousse vence, mi querido senador, vuestra influencia disminuirá!

—¡Y la vuestra quedará destruída en absoluto, querida amiga!

—¡Si Verdier se retira, podrá darnos mucha guerra Favouillet!

—¿Qué hacer?...—preguntó gravemente Charvet.

Entonces Ducasse, con voz persuasiva, dulcemente insinuante, hábilmente tímida, dejó entrever en tan apurada situación un rayo de esperanza, débil, muy débil en el primer momento, después y poco á poco más intenso... Si algún candidato de buena voluntad, sin antecedentes en el país, y por consecuencia sin odios, aceptase la honrosa y gloriosísima sucesión Charvet, convertida hoy en la difícil y temible sucesión Verdier, y... resueltamente se lanzase á la pelea...

La señora Herblay interrumpió vivamente á Emilio, y mirándole con entusiasmo,

—¿La aceptariais vos?—le preguntó.

—Con resignación; pero con ardor—respondió el joven Pitt.

Charvet hizo un ligero gesto de disgusto.

—Se creería difícilmente—dijo—que á vuestra edad tengáis una égida, esa égida que...

—Ducasse—dijo la señora Herblay—tiene la juventud. ¡Eso no es una égida, pero es un arma! Y si el comandante se retira...

—¡Oh! Está retirado ya—dijo Emilio con alegría.

—Pues bien: convoquemos á Guenaut y á Cappois, al comité Verdier, sin perder un momento, y á la lucha...

—Luchemos—dijo Ducasse mirándose al espejo y buscando en él la actitud marmórea del gran Pitt en Westmínster; añadiendo con desenvoltura:

—He neutralizado una parte de las fuerzas de nuestro adversario y reducido al enemigo. He conquistado al redactor de *La Anguila*.

Después, con cierta frialdad, continuó:

—En cuanto á los amigos políticos, no hay que ocuparse de ellos, puesto que os quieren... por el interés. Eso es elemental.

Charvet, con aspecto resignado, murmuró:

—En fin, sea éste ó el de más allá... puesto que es preciso que me sustituyan...

Mientras que rápida, ligera, dejaba la Gran Electora correr la pluma sobre el papel timbrado, Emilio, desvanecido, cerraba los ojos y veía las tribunas públicas llenas de gente, esperando á que su excelencia Emilio Ducasse, Ministro de Justicia ó de otro ramo—¡qué importaba con tal que fuera Ministro!—dejase oír su elocuente palabra.

—Trataré de imitar al gran Pitt en lo del célebre Ministerio de los diecisiete años. ¡Mi Ministerio durará tanto como el de aquella gran figura!